

Pasajes difíciles de Mateo

1. Mateo 1:16 Las dos genealogías de Jesús
2. Mateo 2:23 ¿Fue una profecía cumplida el que Jesús viviera en Nazaret?
3. Mateo 5:23 ¿Cárcel o purgatorio?
4. Mateo 5:17 ¿Cumplido o por cumplir?
5. Mateo 6:13 ¿Qué quiere decir, no nos metas en tentación?
6. Mateo 6:34 ¿Predica Jesús la vagancia?
7. Mateo 6:22 Lámpara del cuerpo
8. Mateo 8:21 ¿Jesús, o el deber filial?
9. Mateo 11:15 Oídos para oír
10. Mateo 11:12 Valientes lo arrebatán
11. Mateo 12:36, 37 Palabra ociosa
12. Mateo 12:40 Jonás y la ballena
13. Mateo 12:40 ¿Fue crucificado Cristo en viernes?
14. Mateo 16:13 ¿Por qué Jesús se llamaba Hijo del Hombre?
15. Mateo 16:18 Tú eres Pedro
16. Mateo 16:28 ¿Verían los apóstoles la Segunda Venida del Señor?
17. Mateo 18:17 Organizada o nacida
18. Mateo 19:16 Guarda los mandamientos
19. Mateo 21:9 ¡Hosanna!
20. Mateo 23:35 El asesinato de Zacarías
21. Mateo 24:36 El secreto de su Venida
22. Mateo 21:31 El título sobre la cruz
23. Mateo 28:1 ¿Contradicciones en el relato de la resurrección de Jesús?

1. Mateo 1:16 Las dos genealogías de Jesús

P. En Mateo 1:1-16 tenemos una genealogía de Cristo que difiere en muchos nombres de la que nos da Lucas en el cap. 3:23-38. ¿Cómo se explica tal diferencia?

R. Las dos genealogías son auténticas, pero se supone que la de Mateo es la genealogía de José, el padre adoptivo de Jesús, y en ella se hace énfasis a la descendencia por la línea de los reyes de Israel. Podríamos, pues, llamarla la genealogía legal, pero el nacimiento sobrenatural de Cristo queda señalado por lo que dice el versículo 16 de este primer Evangelio, el de San Mateo: «Y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús llamado el Cristo.» No de José sino de María, por obra del Espíritu Santo.

En cambio Lucas nos da, según parece, la genealogía efectiva, que es la de la virgen María. Esto se destaca por el hecho de que en la genealogía de Mateo aparece constantemente la palabra «engendró» aplicada a cada uno de los personajes de la lista, mientras que en Lucas no aparece la palabra «engendró» ni una sola vez. También se destaca el nacimiento sobrenatural de Cristo en el versículo 23, donde leemos: «Y Jesús mismo, al comenzar (su ministerio), tenía unos 30 años, siendo hijo según se suponía de José el de Eli. El texto original aquí no es Eli engendró a José, sino: «E? de Eli», lo cual hace suponer que José era conocido popularmente en Nazaret de esta manera,

como yerno de Eli, por haber tomado como esposa a María, hija de Eli. No de Joaquín, como dice una falsa tradición adoptada y popularizada por la Iglesia católica, pero que de ninguna manera aparece en el texto sagrado.

Obsérvese que ambas genealogías coinciden en la persona del rey David, pero la de Mateo es por la línea real de Salomón; en cambio la otra rama, que suponemos ser la de María, desciende de David por otro hijo llamado Nathan, según podemos observar en el vers. 31 de Lucas. 3.

2. Mateo 2:23 ¿Fue una profecía cumplida el que Jesús viviera en Nazaret?

P. En Mateo 2:23 leemos: «Y se fue a morar en la ciudad que se llama Nazaret para que se cumpliese lo que fue dicho por los profetas que habría de ser llamado nazareno.»

¿Cómo puede ser este hecho el cumplimiento de una profecía cuando la palabra Nazaret no aparece en ninguno de los libros del Antiguo Testamento?

R. Fijémonos, en primer lugar, en el plural que usa el evangelista Mateo. No se trata de una cita específica del Antiguo Testamento, sino del significado de varias. ¿En dónde se hallan estos significados en el Antiguo Testamento?, preguntará quizás el lector.

La respuesta es que la palabra Nazaret proviene de la palabra hebrea netzer, o sea retoño, y esta expresión la tenemos no solamente en el libro de Isaías 11:1, sino también en Zacarías 3:8 y 6:12. Seguramente Mateo, que escribió su evangelio para los judíos, quiso hacer uso de esta palabra hebrea para mostrar a los judíos que Jesús era el retoño profetizado, o sea el Mesías: Y lo que para nosotros tiene poca importancia, porque el hebreo no nos es familiar, la tenía y aún la tiene para los judíos, para quienes Mateo escribió el primer evangelio.

3. Mateo 5:23-26 ¿Carcel o purgatorio?

P. ¿Se refería Jesús al Purgatorio, tal como lo interpreta la Iglesia Católica, cuando dice en el Sermón del Monte:

«Por tanto, si trajeres tu presente al altar y allí te acordares que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu presente delante del altar; y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante» (S. Mateo 5:23-26)?

R. En este pasaje Jesús está dando consejos acerca de la supresión de todo odio. Nadie debe enojarse sin razón con su hermano, pues Dios conceptúa el odio y el rencor como un pecado mayor de lo que nosotros suponemos (Mateo 5:21-22). En efecto, nadie sabe a dónde puede llevar el espíritu de odio. Se sabe cómo empieza una riña, pero nadie puede prever cómo acabará.

Jesús conocía en su tiempo los peligros de apelar a los tribunales para el arreglo de un pleito; sobre todo tratándose de la justicia de un invasor, que sólo buscaba una excusa para la expoliación del pueblo oprimido. Por consiguiente, lo mejor para el propio interés, y lo que más complacería a Dios, sería la conciliación y la amistad.

Este es el claro y evidente sentido del pasaje. Darle una interpretación espiritual aquí no cabe, pues quien tenía que dársela es Cristo mismo. Es lo que hace en las parábolas del Sembrador y de la Cizaña (S. Mateo, cap. 13). No hay, pues, ninguna razón para que Cristo no dijera aquí, como hace en el capítulo 13 de este mismo Evangelio:

«El juez es Dios; el alguacil es el diablo; la prisión es un lugar temporal de tormento que aguarda a las almas después de la muerte; los cuadrantes (moneda romana) son los pecados.» Entonces, todos los cristianos del mundo aceptaríamos sin reparo alguno la doctrina del purgatorio. Pero el Divino Maestro no dice nada de esto. Cristo mismo no se recató de hablar varias veces del infierno en este «Sermón del Monte». ¿Por qué no había de hacerlo en cuanto al purgatorio, si conocía la existencia de tal lugar?

Aún hay más; en algunas de sus parábolas el Salvador no nos da su interpretación espiritual, pero nos incita a buscarla, advirtiéndonos: «El reino de los cielos es semejante a...» Entonces ya sabemos que la historia que sigue es una alegoría del reino espiritual. Pero no lo dice en este pasaje, del cual la Iglesia Católica pretende sacar nada menos que la doctrina del purgatorio. ¿Por qué? Evidentemente, porque no tiene ningún sentido espiritual, sino moral y práctico, y hay que aceptar lo que dice, y nada más que lo que dice.

Lo cierto es que Jesús guarda una gran reserva sobre los propósitos de Dios en cuanto al porvenir de las almas de los seres humanos en el más allá; solamente nos advierte de un gran peligro del cual El vino a librarnos con el sacrificio de su propia vida, y nos recomienda con gran insistencia que aceptemos el amor de Dios y empecemos a amarle y servirle con toda nuestra alma en esta vida de prueba; sin dar a los no creyentes ninguna esperanza de un modo claro y absoluto para el más allá de la muerte. ¿Por qué? Porque sabía que habría muy diversas clases de no creyentes con diversos grados de responsabilidad.

Fue la incógnita de este secreto lo que hizo a los teólogos de siglos pasados especular sobre lo que Dios podría o debería hacer con las almas que no estaban preparadas en el momento de su muerte para entrar en el cielo, ni eran bastante malas para merecer el infierno, lo que les llevó a inventar el dogma del Purgatorio, que no podemos hacer dogma de fe porque no encontramos acerca de este lugar ninguna declaración específica en las Sagradas Escrituras.

4. Mateo 5:17 ¿Cumplido o por cumplir?

«No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas. Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.» (Mat. 5:17 y 20.)

P. ¿No enseña Cristo mismo aquí, la salvación por cumplir la ley y no meramente por creer?

R. Cristo enseña aquí dos cosas claramente, a saber: primero, que Él mismo ha venido a cumplir las dos partes de la Biblia, que se llamaban Ley y Profetas, que ningún hombre hasta entonces había cumplido perfectamente; y segundo, que para entrar en el cielo se requería un cumplimiento más perfecto que los más estrictos representantes y expositores de la ley jamás habían producido. Así que Cristo, aquí, cierra el cielo a los que piensan salvarse por el cumplimiento de la ley, como Pablo, al decir: «Todos los que son de las obras de ley están debajo de maldición; porque escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley.»

Jesús está demostrando precisamente con estas palabras, al igual que lo quiso demostrar al joven rico (Lucas 18:18-22), que por las obras de la ley nadie puede ser salvo. Debemos tener en cuenta que cuando Jesús dijo estas cosas aún no había llegado la hora de revelar el gran secreto de la Redención, como lo declararía más tarde a los apóstoles en Cesárea de Filipos, y de un modo aún más claro y enfático después de su resurrección (Lucas 24:46-48). Jesús estaba diagnosticando,

como el médico, la mortal condición del hombre en su pecado, como preparación para darles más tarde el precioso conocimiento del remedio único que Él vino a traer para el pecado, pero que todavía no era hora de declarar.

5. Mateo 6:13 ¿Qué quiere decir, no nos metas en tentación?

P. Tenga a bien explicar el significado de la petición:

«No nos metas en tentación, mas líbranos del mal» (Mateo 6:13).

El doctor P. L. Van Gorder, responde:

La idea de que un Dios santo meta a sus hijos en tentación de pecado, es contrario a la razón, y está expresamente declarado como imposible en la Sagrada Escritura. Santiago escribe: «Dios no puede ser tentado del maligno, ni Él tienta a ninguno» (Santiago 1:13). Sin embargo, sabemos que el Señor Jesús no habría insertado una petición superflua en esta oración, por lo tanto debemos encontrar una explicación adecuada a esta petición.

A fin de entender estas palabras, debemos recordar primero que el término tentación tiene dos significados. Generalmente se refiere a pruebas o sufrimientos que tientan la fe del creyente y su devoción a Dios. Algunas veces, sin embargo, este mismo término se refiere a las seducciones del mal. Una segunda consideración es el reconocimiento del hecho que la palabra metas es mejor traducida traigas.

El pensamiento que aquí se expresa es que Dios, en su providencia, a veces tiene a bien permitir sucesos y circunstancias que nos conducen a situaciones de prueba, para ver si los principios del cristiano, y aun su carácter, son los que pretende ser. Dios no trata de inducirnos al pecado como los hombres pueden hacer; pero por su providencia, nos expone a condiciones en las cuales podemos ser tentados al mal. Sin embargo, cuando resistimos tales situaciones, somos fortalecidos espiritualmente.

Por ejemplo: Dios probó a Abraham cuando le mandó sacrificar a su hijo Isaac. Y la respuesta del patriarca es uno de los grandes modelos bíblicos de fe obediente (Génesis 22:1). El Señor permitió también a Satanás probar la fidelidad de Job, y el libro de Job ha venido a ser una fuente de bendición espiritual a muchas personas; y el mismo Job, vino a ser mejor, por medio de su prueba.

Cuando oramos «no nos metas en tentación, mas líbranos del mal», expresamos al Señor que somos conscientes de nuestra fragilidad humana. El creyente humilde que no confía en sí mismo, porque posee todavía una naturaleza pecadora, pide a Dios que no le ponga en una situación en la cual su fe a Dios puede ser tentada de un modo irresistible; pues sabe que Satanás es un enemigo poderoso y por lo tanto no confía en sí mismo para vencerle.

Debemos considerar esta petición como lo que nosotros hacemos cuando oramos por buena salud, protección de daño y otras bendiciones físicas. Pedimos al Señor tales beneficios. Al hacerlo, nos damos cuenta de que a Él le puede parecer bien permitirnos enfermedades, accidentes u otras contrariedades en nuestras vidas; pero confiamos que si Él permite tales pruebas, nos proveerá también de la gracia suficiente para soportarlas y salir victoriosos.

Si a pesar de nuestras oraciones experimentamos desengaños aplastantes, o tenemos que hacer frente a seducciones del pecado, podemos alegrarnos comprendiendo que Dios puede usar tales circunstancias como medios de hacernos mejores cristianos (véase Santiago 2:3). Dios nos dará, o bien un camino de escape (1.a Corintios 10:13), o la fuerza suficiente para sobrellevarlo. El apóstol Pablo pidió tres veces al Señor que le quitara la espina de su carne, a la cual él mismo llamaba «un mensajero de Satanás que me abofetea» (1.a Corintios 12:8); pero cuando se le hizo

evidente que no era la voluntad de Dios quitarle la aflicción, el apóstol se alegró en la seguridad de la promesa: «Bástate mi gracia; porque mi potencia hace perfecto en la debilidad». Pablo podía declarar entonces con triunfo: «Más bien me glorío en las tribulaciones, para que se manifieste en mí el poder de Cristo» (2da Corintios 12:9).

Yo preferiría verme libre de agudas pruebas y tentaciones, porque no tengo confianza en mi propia fuerza, por lo tanto oró diciendo: «Señor, no me pongas en situaciones por las cuales pudiera ser probado y tentado de un modo excesivo, sino líbrame de las condiciones que darían ventaja a Satanás.» Sin embargo, hago este ruego con la seguridad de que si soy sujeto a experiencias penosas, el Señor proveerá a mi necesidad.

6. Mateo 6:34 ¿Predica Jesús la vagancia?

«Así que no os acongojéis por el día de mañana.» (Mat. 6:34.)

P. ¿Es verdad que, como dice un modernista, Jesucristo aquí predica la vagancia?

R. El modernista que tal dice ha aprendido bien el método diabólico de arrancar parte de un texto suprimiendo o dejando el contexto, culpar a Cristo de oponerse al trabajo. Pues, ¿qué enseña Jesús en el mismo texto? Dice: «No os acongojéis por el día de mañana; que el día de mañana traerá su fatiga: basta el día su afán.» Y nótese bien que esto no lo dice a la multitud sino a los discípulos de poca fe acongojados al estilo de los gentiles sin Dios, engolfados en los asuntos materialistas, diciendo siempre: «¿Qué comeremos, qué beberemos o con qué nos cubriremos? » Lo que Cristo predica aquí no es la vagancia, sino el trabajo feliz de cada día sin inútil congoja. Por otra parte, contra la vagancia inspiró el mismo espíritu de Cristo el precepto siguiente para los cristianos: «Que si alguno no quisiere trabajar, tampoco coma. Porque oímos que andan algunos entre vosotros fuera de orden no trabajando en nada» (Tes. 3:10, 11).

Al revés de lo que piensa haber descubierto el objetor, la experiencia nos enseña que hay vagos muy confiados y tranquilos que, por la misma razón, son vagos; y personas industriosas y diligentes que se acongojan en medio de sus labores, temiendo siempre que no tendrán lo suficiente el día de mañana. Jesús repudia ambos extremos.

7. Mateo 6:22 Lámpara del cuerpo

«La lámpara del cuerpo es el ojo: así que, si tu ojo fuere sincero, todo tu cuerpo será luminoso.» (Mat. 6:22.)

P. ¿Cómo se entiende esto?

R. Consultando al contexto y paralelos nos viene luz. Por lo pronto vemos que estas palabras en Mateo, se relacionan con «el dios de este siglo», que ciega los entendimientos de los incrédulos privándolos de la luz del evangelio; y que en Lucas (11:34) se relacionan con la luz que irradian los discípulos mediante su vida pública y buena. Así comprendemos que Cristo se vale aquí de un ejemplo material, el ojo físico para inculcar verdades espirituales. Evidentemente se trata de las condiciones de la vista espiritual, el ojo del alma, lo que llamamos hoy conciencia, que nos ayuda a ver con claridad, apreciar y juzgar las cosas relacionadas con la vida espiritual.

El cuerpo es como una casa provista de lámpara, que es el ojo. Así que si esta lámpara fuere limpia, libre de obstáculos, que pueden ser hasta una pajita insignificante, queda iluminada toda la casa, esto es, podemos ver. La luz del sol puede bañar todo el cuerpo de un ciego, y por falta de

vista estar el cuerpo a oscuras. Lo mismo puede ocurrir al ojo del alma, la mente y al ojo del espíritu, la conciencia. Da pena conversar con un desequilibrado mental, un neurasténico y observar cómo todo lo ve sombrío, sean cuales fueran las circunstancias reales, y asimismo con una conciencia mal intencionada que juzga todas las cosas en un sentido malicioso, como hechas adrede para mal o para perjudicarlo.

Jesús era un maestro también en psicología aunque en sus días faltaban los términos psicológicos para darnos a entender su profundo pensamiento y tiene que expresarlo por parábolas como la presente, que podríamos llamar «parábola del ojo», de la cual Mateo recordó una parte y Marcos, a través de Pedro, recibió una idea más clara de su significado.

La enseñanza es ésta: ¡Ojo al ojo! Ojo al ojo del alma. «Mira, pues, que la luz que está en ti no sea tinieblas» (Luc. 11:36). Mira que la lámpara esté limpia, fuera toda suciedad moral que la ensucie o apague, ciegue y te deje en tinieblas.

¿Qué importa que vivamos en «el siglo de las luces» si nos asemejamos al topo sepultado en lo terreno, bajo tierra, sin vista y percepción espiritual? «El Dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos», dice Pablo (2.a Cor. 4:4), hasta el punto de atribuir el orden que nos rodea y la construcción del maravilloso instrumento que nos permite percibirlo, el propio ojo y el cerebro, a simple casualidad. ¿Puede existir mayor ceguera mental y espiritual?

8. Mateo 8:21 ¿Jesús, o el deber filial?

P. ¿Qué quería significar Jesús cuando dijo a un hombre «sígueme y deja los muertos que entierren a sus muertos?» (Mateo 8:21-22 y Lucas 8:59-60.)

A mí me parecen muy duras estas palabras de Jesús que siempre había recomendado el deber de honrar a padre y madre, en contra de las tradiciones de los fariseos. ¿Por qué no podía dejar que estos discípulos cumplieran el deber filial de acompañar los restos de su padre al sepulcro?

R. Hay dos interpretaciones acerca de lo que quería significar el presunto discípulo cuando dijo al Señor «Permite que primero vaya y entierre a mi padre». Podría ser que el padre hubiese fallecido recientemente y el cumplimiento de este deber hiciera perder al joven la oportunidad de juntarse con el grupo apostólico, ya que Jesús estaba constantemente viajando y el entierro ceremonial con los días de duelo que solían acompañar a tal acontecimiento entre los hebreos fueran un real estorbo a los planes evangelísticos de Jesucristo, que no podía esperar parado en una población en la cual estaba de paso, aquellos días de demora que el presunto discípulo requería.

Por otra parte, muchos creen que con esta petición el joven no quería decir que su padre hubiese muerto, sino que tenía la obligación de esperar que el padre anciano muriera.

Esto es ilustrado por William Barclay en su historia de un misionero sirio, el reverendo M. Valedmeier. Cuando este servidor de Dios recomendó a un joven nativo rico que fuera a Europa para recibir educación superior, recibió la respuesta: «Primero tengo que enterrar a mi padre.» El misionero se apresuró a expresarle su condolencia, pensando que el padre había muerto; pero el joven respondió sonriendo que el padre estaba bien vivo. El hijo había usado esta expresión, como era costumbre en su país, queriendo significar que no podía ausentarse de su patria hasta que sus padres hubiesen muerto.

Podían pasar muchos años antes de que esto ocurriera, y sin duda es lo que quería decir el joven del Evangelio en su respuesta dilatoria para no seguir a Cristo. El Señor Jesús le respondió del modo adecuado, porque este hombre tenía sin duda parientes espiritual muertos, quizás hermanos y hermanas, que podían cumplir sus obligaciones familiares con el padre, en el caso de que éste muriera. Cristo llamó a este hombre de un modo particular y quería que éste le diera prioridad en el aspecto espiritual, sobreponiéndolo a las costumbres y usos de su país.

Al hacerlo así, Jesús no disminuyó las responsabilidades que tenemos para con los padres. El nunca contradijo a las Escrituras y éstas declaran repetidamente la obligación que los hijos tienen de honrar y obedecer a sus padres, pero los llamamientos del Señor son primero. Por ejemplo, hay jóvenes que han sido llamados a servir a Dios como misioneros a miles de kilómetros lejos de su hogar, y en este caso jamás deben permitirse que su afecto a los padres les impide obedecer a Cristo.

Del mismo modo los padres deben permitir a sus hijos servir al Señor, cuando y donde el Señor les llame. Jesús expresó esta verdad cuando dijo: «El que ama a padre o madre más que a Mí, no es digno de Mí; y el que ama a hijo o hija más que a Mí, no es digno de Mí» (Mateo 10:37).

9. Mateo 11:15 Oídos para oír

«El que tiene oídos para oír, oiga.» (Mat. 11:15.)

P. Esta expresión, que es propia de Jesucristo, ocurre con tanta frecuencia en el Nuevo Testamento —18 veces— que con razón nos preguntamos qué significa en el fondo.

R. Si se tratara del oído físico o material diríamos que todos los tenemos. Pero aquí se trata evidentemente de oídos que no poseen todos. Cristo no espera que todos oigan su amonestación porque carecen de oídos para oír. Oyen, sí, el ruido de su voz, pero carecen de oídos para percibir su sentido. Como dijeron los profetas: «Tienen oídos para oír, y no oyen», tienen oídos materiales; pero no oído espiritual. Posiblemente, los oyentes de Jesús tenían el oído muy fino para oír y apreciar sonidos físicos desde el estampido del trueno hasta el zumbido de una mosca, pero la mayoría de los oyentes eran incapaces de oír y apreciar las cosas espirituales que explicaba. El apóstol Pablo conocía bien esta falta de capacidad. «El hombre animal (no nacido de arriba) no percibe las cosas del Espíritu —dice—, y no las puede entender.» Podrá ocuparse de ellas, podrá hablar, escribir, y predicar sobre ellas: podrá juzgarlas, pero como el ciego los colores, como el sordo las músicas clásicas, como el torpe las ciencias.

¿Cómo, pues, se consiguen oídos para oír la voz del buen Pastor, la amonestación de Jesús, su Palabra divina?

«El que es de Dios, las palabras de Dios oye», dice Jesús. Lo que equivale a decir: «El que es (nacido) de Dios, las palabras de Dios oye.» Como por el nacimiento corporal, así por el nacimiento espiritual conseguimos oído espiritual. Por el primero percibimos lo material, por el segundo percibimos lo espiritual: llegamos a tener oídos para oír la Palabra divina, comprender, apreciar y amar la palabra de Jesús y rechazar la voz del extraño. «Las ovejas oyen su voz... y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no seguirán, antes huirán de él; porque no conocen la voz de los extraños.» (Juan 8:47 y 10:3-5.) Esto implica que lo primero que hay que buscar es el Nuevo Nacimiento, la genuina conversión a Dios por la fe para entender el lenguaje espiritual de Jesús, o de quienes habiendo sido también nacidos de arriba, hablan en su nombre como servidores suyos.

10. Mateo 11:12 Valientes lo arrebatan

«Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos se hace fuerte y los valientes lo arrebatan.» (Mat. 11:12.)

P. ¿Qué significa este texto?

R. La mayor dificultad de este texto procede de la defectuosa traducción que nos dieron Reina y Valera, que es ambigua y no expresa la idea original del griego, la cuál la revisión 1960 ya corrigió en parte, cambiando la frase «se hace fuerte» por «sufre violencia», y que la 1977, completa con la nota: «Se abre paso por la fuerza y los esforzados se apoderan de él.» Esta es una declaración profética del Señor Jesucristo indicando que la muerte de Juan el Bautista (que es el tema del contexto); era sólo un principio de las persecuciones que habrían de sufrir los mejores cristianos a través de los siglos, y la valentía que desplegarían muchos de ellos. Es algo semejante a lo que declaró cuando dijo que había venido a «poner fuego en la tierra» (Lucas 12:49) o «el que ama padre o madre más que a Mí, no es digno de Mí» (Mateo 10:35).

Juan Bautista había sido muy valiente al advertir al adúltero Herodes, «no te es lícito tener a la mujer de tu hermano». Este valor ante el peligro, por amor a la justicia, la verdad o la fe, ha caracterizado a muchos cristianos a través de la historia. Es lo que preconizaba otro «valiente», en momentos de peligro, al escribir:

Que lleven con furor
los bienes, vida, honor;
los hijos, la mujer;
todo ha de perecer,
de Dios el Reino queda.

M. LUTERO

11. Mateo 12:36, 37 Palabra ociosa

«Mas ya os digo, que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. »Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.» (Mat. 12:36, 37.)

P. ¿Qué se entiende por «palabra ociosa»?

R. La voz traducida «ociosa» en el original puede significar ligera, rápida, inútil, vana, estéril. «La muerte y la vida están en el poder de la lengua», dice la Escritura, enseñándonos la importancia de nuestras palabras (Prov. 18:21). «Si alguno piensa ser religioso entre vosotros y no refrena su lengua: la religión del tal es vana» (Sant. 1:26). De las palabras ociosas de las personas ociosas habla Pablo refiriéndose a las que andan de casa en casa: «parleras y curiosas, hablando lo que no conviene» (1 Tim. 5:12, 13). La habladuría ligera, vana, torpe, impertinente, siendo el producto de un corazón ligero y una mente hueca es abominación a Dios. Tal habladuría, tales palabras, se producirán como prueba contra nosotros en el juicio de Cristo.

«Tus palabras serán la prueba que determine el grado de tu condenación (pues como afirmó Jesús en el mismo evangelio de Mateo cap. 11 y Lucas 12:4, había diversos grados. «Por tus palabras serás justificado y por tus palabras serás condenado.» Aunque Apocalipsis 20:12-13 dice

que los hombres serán juzgados según sus obras porque, naturalmente, las obras son mucho más importantes que las palabras, pero son las palabras que emitimos los testigos, en pro o en contra, referentes a nuestras obras.

Esta declaración podía haber parecido mucho más rara e imposible a los lectores de la Biblia por casi veinte siglos, que lo es a nosotros, que ya hemos aprendido a registrar en pequeñas cintas magnetofónicas las vibraciones acústicas que producen nuestras gargantas. No puede parecernos tan raro como lo sería para nuestros abuelos el que el poderosísimo y sapientísimo Creador pueda registrar las palabras de los hombres por medios naturales que nosotros todavía ignoramos; pero ellos lo admitían por fe. ¿No podemos hacerlo nosotros, a quienes resta descubrir un poquitín menos que ellos de las maravillas de la naturaleza?

12. Mateo 12:40 Jonás y la ballena

«Estuvo Jonás en el vientre de la ballena.» (Mat. 12:40.)

P. Hace años sirve de blanco para el ridículo de los incrédulos la narración de Jonás y la ballena, y nada extraño que los creyentes débiles y sin estudios, queden perplejos ante la pretendida sabiduría de los «menospreciadores». Nos dicen estos científicamente, que la boca de la ballena, así como su garganta, están construidas de modo que resulta imposible que una ballena tragara a un hombre, para no hablar de arrojarlo vivo. Ahora bien, ¿qué se responde a esto?

R. Primero, que la Biblia en ninguna parte dice que una ballena tragó a Jonás, como pretenden los incrédulos. Si tan sabios son, ¿por qué no averiguan exacta y científicamente lo que dice la Escritura? ¿Qué dice, pues, la Biblia? Dice que «Jehová había prevenido un gran pez que tragase a Jonás». Nótese que dice solamente gran pez, y no ballena. El Nuevo Testamento usa la palabra ketos, que según los diccionarios significa monstruo marino, un monstruo marino cualquiera. Así resultan ignorantes de lo que se trata, los sabios que hacen esfuerzos para probar la falsedad de la Biblia, midiendo y explicando la hechura de la boca de la ballena.

Segundo. Dado el caso que fuese una ballena, debieran saber esos sabios que las hay de muchas clases y que existen (o han existido) en el mismo Mediterráneo, monstruos marinos tan grandes que no sólo podían tragarse un hombre, sino un caballo entero. Hace algún tiempo se sacó un caballo entero del vientre de uno de estos monstruos; y sabido es el caso del hombre que cayó de abordó y fue tragado por uno de estos monstruos maridos; y que muerto el monstruo, se salvó vivo al desgraciado. El conocido escritor Frank Bullen nos habla de ballenas que al morir arrojan todo el contenido del vientre, y de una ballena especial perseguida y muerta, «cuyo alimento arrojado del vientre consistía en cosas de tamaño enorme, algunas de las cuales se parecían del tamaño de nuestra casita abordó, 8 pies por 6 y 6». Una ballena así, tragaría sin dificultad media docena de hombres. Así que la oposición a la narración bíblica, bajo el punto de vista de la boca de la ballena, no se funda en conocimiento alguno superior, sino en la ignorancia.

Pero, se dirá, «los gases o líquidos gástricos de una ballena o monstruo marino, matarían infaliblemente a un hombre». Naturalmente, si no se toma a Dios en cuenta para nada; pero tomando al Autor de la vida en cuenta, ¿qué dificultad hay en creer que milagrosamente preservó la de Jonás? El que conoce a Dios como debe conocerse, sabe bien que un Dios, sin milagros no es digno del nombre de Dios.

13. Mateo 12:40 ¿Fue crucificado Cristo en viernes?

P. Jesucristo dijo en Mateo 12:40 y 20:18: «Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez 3 días y 3 noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra.» Y en Mateo 20:18, hablando de su pasión y muerte declara: «Y al tercer día resucitará.»

¿Cómo se cumple esta profecía de Cristo si Él murió y fue enterrado el Viernes?, pues habría estado sepultado menos de dos días y solamente dos noches.

R. La idea tradicional de atribuir la muerte de Cristo el viernes de la semana de Pasión es totalmente equivocada, a la luz de las Escrituras, pero es la tradición católica romana la que ha señalado este erróneo día.

Los judíos tenían diversas clases de sábados, uno era el sábado semanal, otro el sábado o convocación santa mensual o de nueva luna, y otro grande sábado anual, era, el de la Pascua. En Levítico 5:23 leemos: «En el mes primero a los 14 del mes, entre las dos tardes, Pascua es a Jehová.» La hipótesis más probable es que el año en que murió Cristo, la Pascua caería en viernes, fiesta especial, anual, seguida aquel año por el sábado normal. El apóstol Juan nos dice que en la preparación de la Pascua fue crucificado el Señor, y declara que los judíos, a fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz en el sábado, pues era aquel sábado (o fiesta de reposo) una gran solemnidad, rogaron a Pilato que se les quebraran las piernas y fuesen quitados de allá (Juan 19:31). Este gran solemnidad no era un sábado normal, sino un doble sábado.

Por esta razón los cuerpos de Jesús y de los dos ladrones tuvieron que ser quitados antes de que llegara con la puesta del sol del sábado grande del mes de Abib, o sea la Pascua.

De este modo quedaba cumplida la profecía de que su cuerpo estaría tres días y tres noches en la tierra, pues Jesús fue enterrado antes de ponerse el sol del jueves. Los judíos contaban la parte de un día como un día entero y así fueron tres días: el jueves, el viernes y el sábado, y tres noches la del jueves al viernes, la del viernes al sábado, y la del sábado al domingo.

Los católicos celebran el momento de la resurrección del Señor el sábado por la noche, pero esto es añadir error sobre error, pues Jesús resucitó el domingo muy de mañana, no el sábado por la noche, con lo que se restaría una noche a la profecía de Mateo 12:40. Parece mentira que las autoridades eclesiásticas de siglos pasados se equivocaran tanto en estos detalles, pero los cristianos evangélicos sabemos que estos errores no son importantes, el hecho importantísimo es que Jesucristo resucitó, y no hacemos énfasis en estos errores que no son de carácter doctrinal ni dogmático, como el de esta fecha, reducida por la tradición católico-romana, y el de la fecha, evidentemente también equivocada, de la Navidad.

14. Mateo 16:13 ¿Por qué Jesús se llamaba Hijo del Hombre?

P. A muchas personas les ha llamado la atención el que Jesús se llamará a sí mismo «Hijo del Hombre» con tanta frecuencia, siendo como era en realidad hijo de Dios.

R. Tenemos que observar que la expresión «hijo de...» la aplicaban los judíos a cualquier persona que tenía especial relación a la cosa a que se dedicaba, o que le caracterizaba; así a Judas se le llama «hijo del Diablo» a Bernabé el generoso, se le llama «hijo de Consolación» a los condenados se les llama «hijos de ira» y a los pacíficos «hijos de paz».

No es pues extraño que Jesús, que había venido de Dios en una misión tan especial como era la de salvar a los hombres, acomodándose al lenguaje de los judíos se llamará a sí mismo «Hijo

del Hombre». No hijo de ningún hombre en particular, sino del Hombre de un modo genético o general.

En el libro de Daniel hallamos una referencia especial a este nombre en un Ser, en figura de hombre, que aparece al lado de otro Ser llamado «Anciano de días», que era una representación de la Divinidad. Al Hijo del Hombre de la visión celestial, dice el texto, que le fue dado «dominio y gloria y reino para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran. Su dominio es dominio eterno que nunca pasará y su reino un reino que no será destruido jamás» (Daniel 7:13-14).

Evidentemente éste es el Mesías de Israel. Seguramente las gentes del tiempo de Jesús habían oído explicarlo muchas veces a los rabinos, en las sinagogas. Al adoptar Jesús semejante nombre era decir a las gentes que le rodeaban, no solamente que Él había venido con una misión especial en favor de los hombres, sino que Él era el Mesías profetizado por Daniel.

15. Mateo 16:18 Tú eres Pedro

«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia.» (Mat. 16:18.)

P. Al decir Jesús: «tú eres pétros y sobre esta petra edificaré mi iglesia», ¿no tienen razón los católico-romanos al afirmar que el papado es institución divina y que descansa sobre estas palabras de Jesús mismo, constituyendo a Pedro fundamento de la Iglesia?

R. En contestación a esta pregunta, creemos oportuno copiar en su totalidad un artículo importante que apareció en El Cristiano, de Madrid, hace ya 50 años años (año XLII, número 2.090). Dice:

«Tú eres Pedro (Mat. 16:18). Los romanistas dan aquí mucha importancia a este pasaje, como si apoyase sus infundadas pretensiones. Nótese, desde luego, que «la Iglesia está edificada sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas», no sobre un Apóstol o Profeta único. Pero la pretensión de que el obispo de Roma debía suceder a Pedro, no tiene ni un átomo de evidencia en la Palabra de Dios, nuestro único y suficiente guía. Un apóstol no podía tener sucesión en el apostolado, y si uno podía, ¿por qué no los demás?

En 1.a Cor., cap. 9 y ver. 1, leemos que una de las marcas de un apóstol era haber visto al Señor Jesús, y ningún Papa lo vio; no puede, por tanto, ser apóstol o sucesor de uno de ellos.

Pero sea que Cristo dijera que edificaría su Iglesia sobre Pedro, o sobre lo que la confesión de Pedro significaba, esto no favorece nada las pretensiones de Roma. Roma no tiene más derecho ni relación alguna con lo dicho por Cristo, que Antioquía, o Ginebra, o cualquier otra.

Lo que sí es muy interesante saber es que dicho pasaje viene, probablemente, de un error de traducción, según puede verse a continuación:

1. Un caballero, dedicado al estudio, y lingüista, habiendo obtenido la Introducción a las Autoridades del Vaticano, por el cardenal Manning, menciona, que en la biblioteca del Vaticano hay un documento del siglo II a.C., en el cual la traducción de Mateo 16:18, es: «Tú lo has dicho.»

2. También cita otro documento de la misma época con idéntica traducción.

3. El obispo Agustín (siglo IV a.C.), en un tratado existente en la biblioteca del Vaticano, examinado por este mismo estudiante, traduce este pasaje: «Tú dixiste.» (Tú has dicho.)

4. Jerónimo (año 382 d.C.), en un Tratado que está en la biblioteca del Vaticano, cita este versículo: (Tú has dicho), según diversos testigos que lo han visto, afirman.

5. El finado Mr. Collette leyó el «Codex Vaticanus», del siglo XV a.C., en la biblioteca del Vaticano, y la versión de estas palabras era «suipo». Como tal palabra no existe en griego, debe ser una contracción. Hizo notar que con la simple adición de una letra, o sea a, se obtendrían las

palabras «su eipas» (Tú has dicho), que firmemente asegura es la verdadera versión. Algún antiguo copista romano lo extendió hasta formar «su ei Petros», añadiendo cuatro letras en vez de una, y haciendo tres divisiones en lugar de dos.

6. La primera versión tiene más autoridad, estando apoyado por los dos documentos citados (números 1 y 2), los cuales, existiendo dos siglos antes que el «Codex Vaticanus », dan enorme peso a la versión «Tú has dicho».5

7. Esta versión también está confirmada por la evidencia de Agustín y Jerónimo, dos de los más eruditos doctores de la Iglesia. Es inconcebible que deliberadamente usaran un original falso o imaginario, en un pasaje de tanta importancia.

8. En el contexto mismo encontramos un gran apoyo para la versión «Tú has dicho». Pedro había confesado la Divinidad de Cristo. Inmediatamente el Señor contesta: «Tú has dicho» (la verdad); y sobre esta confesión, sobre esta mi Divinidad, será edificada la Iglesia.

9. Se confirma además esto, por el hecho de que nuestro Señor Jesucristo usa esta misma fórmula (su eipas) en ocasiones análogas, cuando expresa su conformidad con alguna verdad dicha. Así, cuando el Sumo Sacerdote le conjura sobre este mismo punto de su Divinidad, Jesús contesta con: «Tú has dicho» (su eipas). (Mateo 26:64.)

10. Por otra parte, el contexto pierde más que gana con la versión «Tú eres Pedro». Porque, ¿qué tiene que ver el nombre o la persona de Pedro con un asunto de tanta transcendencia como la Divinidad de Cristo?

Todos los Apóstoles sabían cuál era el nuevo nombre de Simón, y el asunto de que se trataba, no era Pedro, sino el Mesías, reconocido divino en esta confesión; y, como algunos han observado, parece trivial y fuera de lugar que, en circunstancias tan solemnes, entrara un juego de palabras con el significado verbal del nombre de Pedro.

Los eruditos del texto griego, Alford y Tischendorf, manifiestan que es tan inexacta la versión «tú eres» en vez de la auténtica «tú lo has dicho, Pedro» que no se le puede dar valor real ninguno (véase Alford, El Testamento griego, 1879, tomo I, pág. 104, y Tischendorf, El Nuevo Testamento, 1869, pág. 11).

11. El ilustrado señor Dobelli (ex editor de la Capitale de Roma), en su valiosa obra La Historia de los Papas desde San Pedro a Pío IX, en cuatro tomos, hace notar, al referirse a Mateo 16:18: «Cristo nunca dijo "tú eres", sino "tú has dicho", Pedro. "Tú eres" es una interpolación.»

16. Mateo 16:28 ¿Verían los apóstoles la Segunda Venida del Señor?

P. En Mateo 16:28 leemos: «De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que hayan visto venir en su Reino al Hijo del Hombre.» ¿No es esto una equivocación?, pues Jesucristo no ha venido todavía a establecer su Reino sobre la tierra. ¿Qué podemos decir a los que preguntan si esto no es una declaración equivocada de Jesucristo, o una suposición hecha de buena fe, por Jesús-Hombre, el maestro de Nazaret, y que ello demuestra que Jesús era un hombre y no el Hijo de Dios que se imaginaron los primitivos cristianos?

R. De ningún modo. El Nuevo Testamento entero está lleno de la doctrina de que Jesús era el Hijo de Dios; y su resurrección, que cambió por completo a los apóstoles, e incluso a un enemigo, como el apóstol Pablo lo prueba asazmente. ¿Qué quería, pues, decir, Jesús, con esta declaración hecha ante el grupo apostólico?

La respuesta se halla en el próximo capítulo 17:1-13. Debemos tener en cuenta que la división de la Biblia en capítulos y versículos no es obra del Espíritu Santo, sino de un copista de la

Edad Media. Todos los originales antiguos que tenemos del Nuevo Testamento, tanto en griego como en latín, forman un relato seguido desde el principio al fin. La división en capítulos y versículos fue hecha para comodidad de lectores y comentadores del texto sagrado para poder citarlos e identificarlos con mayor facilidad. En los escritos cristianos más antiguos como las cartas de San Ignacio de Antioquía, la carta a Diogneto, la Didacta y aún en los numerosos escritos de Tertuliano, San Juan Crisóstomo, Cipriano de Cártago, San Agustín, etc., no se hace ninguna mención de capítulos o versículos, sino tan solamente citan el hecho y basta. Los lectores de aquellos tiempos tenían que leer el Evangelio que fuese, desde el principio hasta el fin para hallar la cita del pasaje, y sobre todo en las citas de los evangelios sinópticos esto era muy engorroso, porque hay tantos pasajes que son semejantes. Por tal razón un copista de principios de la Edad Media introdujo, la división de capítulos y versículos en la Sagrada Escritura, y poco a poco esta notable ventaja, copiada por todos los hagiógrafos bíblicos, se impuso en el texto. De modo que la frase «algunos de los que están aquí no gustarán la muerte hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su Reino», se halla en el original estrechamente unida a la frase siguiente: «Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, su hermano, y los llevó aparte a un monte alto y se transfiguró ante ellos.» Fueron aquellos tres discípulos los únicos que vieron a Jesucristo en la misma forma en que vendrá para establecer su Reino sobre la tierra, es decir con un cuerpo ultrafísico, glorificado, de hechura humana, pero luminosa. Un «soma ouranou» de los que describe Pablo en el capítulo 15 de 1.a Corintios, vers. 40. Esta fue la promesa que hicieron también los ángeles a los discípulos en el monte de los Olivos (Hechos 1:11).

Debemos hacer observar que la promesa: «Algunos de los que están aquí no verán la muerte hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su Reino», no aparece en ningún lugar de los evangelios que no vaya seguida del relato de la transfiguración; por esto, todos los comentaristas y exegetas de este pasaje entienden que la frase «viniendo en su Reino», significa «como vendrá en su Reino».

Fue muy emocionante para el que suscribe orar en la cumbre del Monte Tabor, diciéndole al Cristo que ha prometido estar «todos los días con nosotros hasta el fin del mundo»: «Señor, Tú aquí te transfiguraste con la misma majestad y gloria con que vas a aparecer en gloria un día, sobre aquel otro monte, un poco más al sur, el monte de los Olivos, y nosotros hemos de verte, de más cerca o más lejos, con aquella misma gloria con que te manifestaste aquí a tus discípulos.»

Al final de los evangelios sinópticos tenemos muchas apariciones de Jesús resucitado con un cuerpo sobrenatural, glorificado, de propiedades muy superiores a los cuerpos animales que todos poseemos en la presente generación (1.a Corintios 15:40); sin embargo, en ninguna de tales apariciones leemos que su cuerpo fuera luminoso, de un blanco resplandeciente, como se apareció a sus discípulos el día de la transfiguración. Seguramente fue para no espantar a los discípulos, y para darles una idea más auténtica de que era el mismo Jesús que ellos conocían, y no un fantasma del mundo espiritual, por lo que el Señor veló su gloria celestial en todas las apariciones que siguieron a su resurrección. Más bien quiso enfatizar ante ellos las cualidades físicas que continúan perteneciendo a un cuerpo celestial, el cual es de todos modos un cuerpo tangible, cuando así lo quiere su poseedor, y Jesús comió delante de ellos. De este modo garantizaba la promesa hecha en la última cena: «Os digo que desde ahora no beberé más del fruto de la vid hasta que lo beba con vosotros en el Reino de mi Padre» (Mateo 26:29). No dijo «no comeré pan», pues lo comió después de su resurrección, sino tan sólo «no beberé más de este fruto de la vid». Jesús demostró así, que su Reino será ultrafísico, pero no puramente espiritual, y la declaración de los ángeles: «Este mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros al cielo, así volverá como le habéis visto ir al cielo» (Hechos 1:11).

La transfiguración fue, realmente, la visión de Jesucristo tal como le veremos venir en su Reino. Entonces Jesús no tendrá necesidad de velar su gloria celestial para no asustar y desconcertar a sus discípulos, como tuvo que hacerlo con su cuerpo resucitado, también de condiciones ultra físicas; pero no de aspecto tan glorioso como cuando venga para establecer su Reino sobre la tierra, porque entonces todos tendremos cuerpos luminosos, semejantes al suyo. Lo que podemos comprobar leyendo Daniel 12:3; 1.a Juan 3:2; Apocalipsis 3:3, y Mateo 13:43: Y con tales cuerpos superiores le serviremos y le glorificaremos por toda la eternidad (Apocalipsis 22:3 y Efesios 1:14 y 3:10).

17. Mateo 18:17-18 ¿Organizada o nacida?

P. Sobre esta roca edificaré mi Iglesia (Mateo 16:18)... Si rehúsa escucharlos a ellos, dilo a la Iglesia; y si también rehúsa escuchar a la Iglesia sea para ti como el gentil y al publicano. «De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, estará atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra estará desatado en el cielo» (Mateo 18:17-18)...«porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos» (ver. 20).

R. Sabemos que Jesús dio nacimiento a su Iglesia mediante su muerte redentora; pero en ningún lugar leemos que El la organizara con reglas meticulosas como las que son dadas en el Antiguo Testamento, en cuanto a la religión judía.

Tampoco leemos en ninguna parte de la Escritura que la Iglesia fuera organizada el día de Pentecostés ni en otro día alguno. En ninguna parte se nos presenta la Iglesia como organización, pero sí como cuerpo, con miembros en función. Por eso hoy afirmamos que la Iglesia verdadera no es una organización, sino un organismo vivo. La criatura viene a existir por su nacimiento; sería absurdo decir que tal ser vivo se organizó en el tiempo de venir a existir y nacer. Igualmente, es absurdo decir que la Iglesia de Cristo se organizó en tal o cual día. El Creador es el Padre Celestial, Autor de organismos vivos.

Organizar es obra humana. La Iglesia local de Jerusalén vino a existir; las Iglesias siguientes fundadas por Pablo o cualquier otro de los testigos de Cristo vinieron a existir de semejante manera por obra de Dios, obra que el Espíritu Santo realiza en los corazones por la predicación del Evangelio. Jesús dijo: «El que no naciere otra vez no puede ver el Reino de Dios» (véase el comentario de este texto en pág. 119). Los que nacieron del Espíritu en Pentecostés, simplemente fueron «añadidos» a la Iglesia. Las iglesias después de Pentecostés nacieron por las casas, salvo los que nacieron por el Espíritu y la Palabra en los atrios del templo de Jerusalén, pero no podían usar aquel edificio para la comunión fraternal, puesto que era un lugar público, que poseían legalmente los mismos enemigos de la fe cristiana, y que sólo podían usar los apóstoles dentro de ciertos límites.

La organización eclesiástica vino después, y no demostró ser una bendición, sino un lazo y motivo de tropiezo, por haber desoído los ancianos o pastores el consejo de 1.a Pedro 5:14: «Pastoread la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no forçados, sino voluntariamente, no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto, ni como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado (Lit heredades a cuidar), más siendo ejemplo de la grey.»

18. Mateo 19:16 Guarda los mandamientos

«Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. » (Mat. 19:16-26.)

P. ¿No enseña Cristo aquí la salvación por el cumplimiento de los mandamientos?

R. De ningún modo. Cristo, mejor que nadie, sabía que nadie se salva por el cumplimiento de los mandamientos; y a esta verdad o persuasión se propuso llevar al infatuado joven rico que fue a su encuentro. El suponía haber cumplido los mandamientos. Creía haberlos cumplido todos, y la verdad era que ni el primero había cumplido. «Guarda los mandamientos», le dice Cristo, como si dijera: «Ya es tiempo que empieces a guardarlos de verdad. Empieza por el primero. Tu dios es tu riqueza: vete, vende ese ídolo, líbrate de la idolatría.» Por esta razón es que los discípulos dijeron: «¿Quién, pues, podrá ser salvo?», y mirándoles, Jesús les dijo: «Para con los hombres imposible es esto, más para con Dios todo es posible» (vers. 26).

Dios estaba preparando, por la venida de Jesús al mundo, el medio que haría posible lo que para los esfuerzos humanos era imposible. El apóstol Pablo dijo en su carta a los Romanos: «Lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil a causa de la carne, Dios enviando a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado, y en lo concerniente al pecado, condenó al pecado en la carne» (Romanos 9:3), y en su discurso a los judíos de Antioquía declaró: «De todo aquello que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en Él es justificado todo aquel que cree.»

Algunos han preguntado: ¿Qué ocurrió con este joven rico a quien Jesús amó? ¿Se condenó o fue salvo?

Es mi convicción (aunque no puedo asegurarlo hasta aquel día en que conoceremos todas las cosas) que el joven rico, que se fue triste de la presencia del Señor, pero a quien Jesús amó, fue salvo el día de Pentecostés, o un poco después, en Jerusalén, cuando Pedro explicó con toda claridad la doctrina de la redención, y fue cambiada su tristeza en gozo. Sobre todo si fue uno de los miembros de aquella iglesia que vino a realizar lo que Jesús le había recomendado, y él se retardó en cumplir (Hechos 2:44-47).

19. Mateo 21:9 ¡Hosanna!

«Hosanna al hijo de David... Hosanna en las alturas.» Mat. 21:9.)

P. ¿Qué se entiende por hosanna al hijo de David?

R. La palabra hosanna es hebrea y significa, como se ha traducido en el Salmo 118:25, salva ahora; pero que, evidentemente, llegó a usarse como salve, en poesía o saludo de aclamación y bendición. En la fiesta de los tabernáculos de Jerusalén se solía cantar, lo que se llama el gran «halel», a saber los Salmos 113-118, por uno de los sacerdotes y a intervalos la multitud agitaba ramas de sauce y palmera en el aire gritando «hosanna» o «aleluya», que significa «alabad a Jah (o sea a Dios)». Así es que tanto para grandes como pequeños, la palabra hosanna les era familiar.

Aún más, con el tiempo los manojos de ramas de sauce adquirió el nombre de «hosannas». Cuando, pues, la multitud en la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén gritaba «hosanna al hijo de David», estaban, sin darse cuenta de ello, proclamando una gran profecía, pues Jesús iba a dar

cumplimiento en aquella misma semana al inconsciente ruego; iba a realizar en aquellos días la suprema obra de salvación; no de la mano de los romanos (como sin duda pensaban interiormente los judíos patriotas, adultos, que formaban parte de la multitud y se callaron por prudencia y miedo, cuando llegaron cerca de la fortaleza Antonia (y por eso querían hacer callar a los niños), sino de la mano del enemigo de las almas, Satanás, y del pecado, que tiene sumido el mundo en perdición.

20. Mateo 23:35 El asesinato de Zacarías

«Para que venga sobre vosotros toda la sangre justa derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justa hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matásteis entre el templo y el altar.» (Mat. 23:35.)

P. ¿Quién era este Zacarías? Pues en el Antiguo Testamento no tenemos ninguna referencia de que el profeta Zacarías muriera asesinado, en cambio en 2.ª Crónicas 24:20-21 tenemos el relato de otro Zacarías, hijo de Joiadá, quien fue asesinado en un motín popular, dentro del mismo templo de Jerusalén, cuando reprendió al pueblo por su pecado. ¿A qué Zacarías se refiere el texto que tenemos en San Mateo?

R. Esta diferencia de cita tiene dos respuestas: primera, que Jesús conocía el fin del profeta Zacarías, autor del libro de su nombre, del que no ha quedado otra referencia en la historia que la antedicha, expresada por Jesús.

La segunda respuesta tiene más apoyo bíblico y es que Jesús se refería a Zacarías, hijo adoptivo de Joiadá, que era realmente hijo de un Baraquías que murió y fue adoptado por Joiadá, por cuya razón era considerado como hijo de aquel célebre sacerdote de Israel que encabezó una rebelión contra la impía Athalia (2.ª Crónicas 23) y entronizó al buen rey Joas. Pero fue tanta la ingratitud del pueblo, cuando volvió a olvidarse de Dios, que mató a su ahijado en un tumulto popular, en el mismo templo de Dios, cuando éste les reprendió por su pecado. Jesús que conocía mejor su linaje nos lo revela aquí, mientras que el autor de 2.ª Crónicas lleva el propósito de destacar la ingratitud del pueblo al asesinar al hijo adoptivo del sacerdote que tanto bien hizo a Israel.

Muchos eruditos suponen que el manuscrito original de Lucas decía Zacarías hijo de Joiadá, pero que algún copista de los primeros tiempos, conocedor de que el Zacarías, autor del libro que lleva su nombre, era hijo de Baraquías, sustituyó el nombre de Joiadá, por el más conocido Zacarías profeta, hijo de Baraquías.

Este punto de vista está apoyado por el hecho de que Lucas, en una cita paralela (Lucas 11: 50-51), solamente dice Zacarías, sin dar el nombre de Baraquías.

Por otra parte la teoría de que Jesús se refería al gran profeta cuyo libro se conserva en la Biblia, tiene en su favor que Jerónimo, el conocido Padre de la Iglesia del siglo IV, nos dice que en el Evangelio de los Nazareos, Zacarías es llamado hijo de Joiadá, y también que en un antiguo manuscrito titulado «La Casa del Juicio», por Jonathan Ben Uziel, comentando el pasaje de Jeremías en Lamentaciones 2: 20 añade: «¿Era propio que aun en el día de la propiciación matárais a un sacerdote y profeta como hicisteis con el hijo de Iddo en la casa del santuario del Señor, porque quería apartaros de vuestros malos caminos?»

Así que por todas estas citas resulta evidente que Jesucristo se refería a Zacarías, profeta también, hijo de Joiadá, ya que las citas de ambos evangelios son idénticas en cuanto al detalle de su muerte dentro del Templo, y que la diferencia de nombre se debe a algún copista.

21. Mateo 24:36 El secreto de su Venida

«No os toca a vosotros saber los tiempos y las sazones que el Padre puso en su sola potestad. No sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor. Del día y hora nadie sabe ni aun los ángeles de los cielos, sino mi Padre sólo. » (Hech. 1: 7; Mat. 24: 36, 42.)

P. ¿Por qué este secreto respecto a la venida del Señor?

R. Los discípulos querían saber el día y la hora, y muchos hoy desean saber lo mismo. Muchos, llevados de una curiosidad insana, que el Señor no favorece, se han atrevido a anunciar día y hora para satisfacer esta curiosidad, desacreditándose a sí mismos a la vez que la Palabra profética. Claro está que la Escritura explica un por qué de un secreto tan importante, y las razones son muchas y sabias, las cuales pueden estudiarse en relación con los textos que tratan del asunto.

«Si yo supiera el día y la hora de mi muerte —ha dicho alguien— estaría todo un mes preparándome sin hacer otra cosa, y así estaría bien preparado. » Muchísima gente hay que piensa del mismo modo. Así que, dada la naturaleza del hombre, el saber a hora fija, ya sea de la muerte o la de la venida del Señor en gloria, resultaría un conocimiento fomentador de inmoralidad terrible, cosa que sería muy agradable al diablo, pero imposible de parte de Dios. Figurémosnos, por un momento, que una persona de 25 años sabe positivamente que morirá a la edad de 50 y en el mismo día de su cumpleaños. Si esta persona de 50 años de vida dedicara un mes al servicio de Dios con la idea de prepararse a bien morir, resultaría que habría servido al diablo 54 años y 11 meses y un mes a Dios. Esto pudiera muy bien llamarse «negocio diabólico», inspiración satánica. No, no. A nosotros no conviene de ningún modo saber la hora, pues el no saberla es un secreto que previene la inmoralidad indicada y fomenta la moralidad, la vida espiritual y la verdadera devoción y constante actividad cristiana. La persona que está penetrada del pensamiento que acaso hoy mismo se le presentará el Señor, o ella se presentará a Dios, tardará poco en arrepentirse y convertirse; y la persona convertida que está poseída de la misma idea, tratará de servir al Señor fielmente día tras día y hora tras hora, durante toda la vida. Lo mismo puede decirse de algunos otros secretos que Dios no ha tenido a bien revelarnos, y que a nosotros nos parecen contradictorios, como por ejemplo el de la predestinación y el del libre albedrío, el de la condenación eterna o la destrucción del alma; la unidad de Dios y la doctrina de la Trinidad, o los diversos aspectos de la Segunda Venida del Señor. Sobre tales misterios los cristianos han discutido desafortadamente durante siglos, en lugar de dejar el secreto a Dios diciendo: «Algún día lo entenderemos », y dedicar sus esfuerzos, más que en fijar dogmas y anatemizar a los que no se han sujetado a los mismos, a proclamar aquello que Dios ha tenido a bien revelarnos de un modo claro y perfecto, o sea el valor de la obra redentora de Jesucristo y el deber que tenemos de predicar el Evangelio en todo el mundo. ¡Cuánto regocijo han dado los cristianos a Satanás en los grandes Concilios y Sínodos donde han jugado una parte muy importante las pasiones y defectos de carácter de los hombres, bajo el pretexto, con frecuencia sincero, de estudiar la revelación de Dios en la Sagrada Escritura, pero sin querer dejar reservado como secreto de Dios aquello que los hombres, como hombres, somos incapaces de comprender.

Natural es, pues, que Dios no nos revele algunas cosas que no nos convenía saber y que Jesús nos dé, acerca de ellas, la exhortación de la fe, encomendándonos tener confianza plena en la sabiduría y buena voluntad de nuestro Padre Celestial. En lo que respecta a este particular secreto del tiempo de su segunda venida nos exhorta a velar y estar alerta, diciendo: «Velad, pues, porque (por la razón de que) no sabéis aqué hora ha de venir Vuestro Señor. »

22. Mateo 21:31 El título sobre la cruz

«Léase Mat. 27: 37; Marc. 15: 26; Luc. 23: 38; Juan 19: 19. »

P. Los incrédulos hacen gran alboroto respecto al título que Pilatos mandó poner sobre la cruz, viendo en él contradicción y motivo de oponerse a la inspiración divina de la Escritura. Veamos lo que dicen los evangelistas:

Mateo: Este es el rey de los judíos.

Marcos: El rey de los judíos.

Lucas: Este es el rey de los judíos.

Juan: Jesús Nazareno, rey de los judíos.

R. Es verdad que hay diferencia entre Marcos y Juan. Pero, ¿por qué no había de haberla? Parece que los enemigos no han tomado en cuenta lo que dice claramente la Escritura, a saber, que el título, si bien era uno solo en cuanto al sentido de la acusación, estaba escrito por orden de Pilatos en tres idiomas diferentes para las diferentes clases de personas que lo habían de leer:

En Latín de un modo extenso y completo porque era el idioma oficial de los mandatarios romanos; en hebreo (probablemente hebreo-araméo), para el pueblo común, y en griego, para los forasteros que en aquellos días acudían a Jerusalén con motivo de la Pascua (véase Juan 12: 20), y que igual que los nativos de Judea no podían, muchos de ellos, entender el latín.

Mateo, que escribió especialmente para los judíos, refiere el título tal como estaba escrito en hebreo. Marcos, que escribió particularmente para los romanos, lo cita en latín, aunque no de un modo completo, concertando quizá con la brevedad de su Evangelio. Lucas, el más culto de los evangelistas como médico que era, lo da en griego y Juan lo refiere completo.

Parece que Marcos no pretende dar el título completo, sino sólo la acusación, pues dice: «El título escrito de su causa era "el rey de los judíos". »

Así que no existe ninguna contradicción en los relatos de los diversos evangelistas.

23. Mateo 28:1 ¿Contradicciones en el relato de la resurrección de Jesús?

P. ¿No se contradicen los evangelios en estos cuatro relatos de un mismo hecho? ¿Qué tenemos que responder a quienes nos hagan notar tales diferencias diciéndonos que los evangelistas se contradicen?

«Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, vinieron María la Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. » (Mateo 28: 1.)

«Pasado el sábado, María la Magdalena, María la madre de Jacobo y Salomé, compraron especies

aromáticas para ir a embalsamarle. Y muy de madrugada el primer día de la semana llegan al sepulcro cuando había salido el sol. Y se decían la una a la otra: ¿Quién nos hará rodar la piedra de la entrada del sepulcro?... ellas salieron y huyeron del sepulcro, pues se había apoderado de ellas un gran temblor y espanto y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo... » (Marcos 16: 1-3 y 8.)

«El primer día de la semana muy de mañana vinieron al sepulcro trayendo las especies aromáticas que habían preparado y hallaron que había sido retirada la piedra del sepulcro... Eran María Magdalena y Juana y María madre de Jacobo y las demás con ellas quienes dijeron estas cosas a los apóstoles. » (Lucas 24: 1-2, 10.)

«El primer día de la semana, María Magdalena fue de madrugada, siendo aún oscuro, al sepulcro y vio quitada la piedra del sepulcro..., pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro y mientras lloraba se inclinó para mirar dentro del sepulcro; y vio a dos ángeles con vestiduras blancas... dicho esto se volvió y vio a Jesús que estaba allí mas no sabía que era Jesús... fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor y le había dicho estas cosas. » (Juan 20: 1-11, 18.)

R. No hay contradicción alguna. Los cuatro relatos son diferentes entre sí, pero concuerdan en lo esencial, y, bien estudiados, no sólo concuerdan sino que se complementan de un modo admirable, y nos ofrecen la mejor prueba de la autenticidad del relato en general.

Suponed un hecho actual presenciado por cuatro testigos interrogados aisladamente por la policía. Cada uno contará lo que habrá visto y se diferenciará del otro en algunos detalles, pero de este testimonio conjunto sacará la autoridad una versión auténtica del hecho.

Es precisamente una prueba de la autenticidad de los cuatro Evangelios, el que los cristianos primitivos admitieran en el canon los cuatro relatos diversos y en apariencia contradictorios, sin intentar retocarlos para ponerlos de acuerdo, tal era el respeto que les infundían los escritos apostólicos.

¿Qué ocurrió, pues, en la mañana de la resurrección de Jesús?

Cuando Jesús murió, José de Arimatea pidió a Pilatos el cuerpo de Jesús para que pudiera enterrarlo en su finca cercana al Calvario donde tenía un sepulcro nuevo, seguramente para su familia. De entre las mujeres que presenciaron el descendimiento de la cruz, algunas se quedaron mirando de lejos cómo se llevaban al Señor, bajándolo por el barranco que daba a la llanura al pie del Calvario. 7 José lo hizo envolver en una simple sábana (Marcos 15: 46), lo introdujeron en la cueva y colocaron una gran piedra a la entrada de la misma, pero dos de las mujeres, María Magdalena y María (la madre o esposa del mismo José) siguieron a los que llevaban el cuerpo, y se quedaron sentadas junto al sepulcro, después que los criados de José lo hubieron cerrado con una gran piedra (Mateo 27: 61).

Aquella noche llamaron a la puerta de José de Arimatea. Era otro senador, Nicodemo, cuyos criados llevaban como cien libras de mirra y aloes, con lo cual embalsamaron a Jesús.

En la mañana siguiente tuvo lugar el sellado del sepulcro por orden de Pilatos, pero las mujeres que se habían convenido en ir a comprar drogas aromáticas, nada supieron de tal embalsamamiento, ni tampoco de la guardia romana. Todo lo que habían visto es que Jesús había sido envuelto en un lienzo seco y les parecía muy poco para un cuerpo tan amado.

Sin duda, María Magdalena fue la iniciadora del ungimiento y de la compra de drogas aromáticas que hicieron ellas juntas, por eso aparece su nombre en todos los relatos. Es de suponer que se distribuyeron los ungüentos, pues una sola no los podía llevar, aunque no compraran tanta cantidad como el rico Nicodemo, pero necesitaban una buena cantidad para embalsamar un cuerpo adulto, y cada una guardó su parte, esperando encontrarse juntas al pie de la cueva, en el amanecer. Se nos dan cinco nombres, pero además dice, «otras con ellas».

Yo creo que María Magdalena debió haber pernoctado la última noche en casa de su amiga la María (madre o esposa de José), en su granja; de otro modo no habría podido venir muy de mañana de la amurallada Jerusalén, antes que las otras, a ver el sepulcro. Y todos conocemos la historia de su hallazgo con el Señor que nos cuenta Juan.

La segunda visita al sepulcro es de varias mujeres, un poco más tarde, pero todavía muy de mañana —dice Lucas—: eran el grupo mayor de tres que menciona, y «otras con ellas». ¿Cuántas serían? Lo ignoramos.

El tercer grupo, dos rezagadas que llegan tarde, cuando ya había salido el sol, eran Salomé y María, madre de Jacobo. Aunque María Magdalena es mencionada en todos los relatos por ser la iniciadora de la compra, comprendemos que no podía estar con los otros grupos, ya que ella había ido sola «muy de mañana» y ya no podía tener interés en ungir al Señor, a quien había visto vivo. Pero las dos rezagadas, siendo solamente dos y de carácter tímido, se preguntan al entrar en el huerto quién les revolverá la gran piedra; puesto que al parecer en el huerto no habían aparecido sus compañeras, y quizá estaban criticándolas en sus adentros, cuando las madrugadoras se hallaban ya dando las alegres nuevas a los apóstoles.

María Magdalena había recibido, no de boca de los ángeles sino de boca del mismo Señor Jesús, el encargo de ir a dar las nuevas de su resurrección, pero había ido ya una vez, por encargo de los ángeles, a dar la noticia del sepulcro vacío a los discípulos reunidos en casa de Juan Marcos, y no la habían creído. ¿Iría a comunicarles el relato, todavía más inverosímil, de que ella misma había hablado con el Señor? Si la primera vez sólo Pedro y Juan habían salido para comprobar personalmente si la cueva estaba vacía, ¿qué le dirían por segunda vez, sino que estaba loca? Así pensaría ella.

Pero había una casa más cercana donde ella podía dar la noticia, y posiblemente la creerían; era la granja de José de Arimatea. Parece, pues, que allá fue. Entonces su amiga María muestra deseos de ir a comprobar si la cueva está vacía, y si por casualidad-tuviera la suerte de ver, como su amiga, también al mismo Señor.

Observad que de estas dos últimas no dice el relato de Mateo que fueran con drogas a ungirle, ni que estuvieran perplejas acerca de quién quitaría la piedra del sepulcro, sino simplemente que fueron a ver el sepulcro; pero el ángel les dice que no es allí que deben buscar al Señor, sino que deben cumplir el encargo de dar la noticia de su resurrección a todos los discípulos. Y a aquellas dos mujeres insistentes en ver al Señor, se les aparece Jesús por el camino. ¿No es verdad que se lo merecían? Ambas fueron a dar la noticia, no sólo del sepulcro vacío, sino de haber visto a Jesús.

Esta es la probable historia. No se trata de una sola visita de las mujeres, convenida antes del sábado, en ir al sepulcro para ungir al Señor.

Si usted, apreciado lector, desea ver el relato de esta manera, le basta con leerlo, por orden inverso: empezando por Juan, después Lucas, luego Marcos y al fin Mateo, y se convencerá de lo que sucedió exactamente.

